

DEL PAZO DEL CONDE DE GONDOMAR, EN BAYONA, AL MIÑO

En ese litoral hermosísimo entre Vigo y La Ramallosa se encuentra esa playa ideal, conocida por la Playa de América, cuya parte inferior pertenece a la punta de Lourido, tapizada por verde felpa de pinares, encarado al Poniente, de gran extensión y amplitud, todo el playal curvado entre Monteferro y la citada Punta de Lourido. Es en conjunto uno de los lugares del litoral más bellos de España, para nosotros, y en Galicia, que tantos tiene.

Es una playa, la de América, de tan firme arena, que en ésa aterrizan aviones.

Al otro lado de la Punta de Lourido —bellísimo lugar— aparece la parte inferior del Seno de Bayona enmarcado en un anfiteatro de montañas, que es una maravilla y que la Grova preside. El pintoresco río Miño, que baja de su precioso valle Miñor, aquí desagua, entregándole la poesía de su valle afamado, entre La Ramallosa y Sabaris. Un medieval puente de romano abolengo con apuntados tajamares, sobre el que se alza el poético cruceiro de San Telmo, tiéndese ligeramente curvado, con sus ciclópeos arcos sobre las aguas.

Desde la orilla ofrece Sabaris ensoñadora perspectiva cuando la pleamar cubre la marisma. El paisaje y la maraña no pueden ser más encantadores.

Alzanse sobre Sabaris por el Poniente los montes de la Grova y sus tres majestuosas lomas esculpidas de torrenteras. En su regazo, a media altura, se reclina Belesar, a su pie, alza el Castro su triangular silueta y su magnífica atalaya.

Pasada la pequeña y pintoresca península de Santa Marta, tras bellísima cornisa litoral abierta al gallardo horizonte de los Galiñeiros, una breve ensenada abriga al puerto de Bayona, la Erizana de los tiempos de Roma, destruida por los normandos y árabes, que en la Edad Media perteneció al Condado de Turonium.

Su nombre actual le fue dado en 1139 —si mal no recordamos— por Alfonso VII.

En 1201 le concedió Carta-Puebla Alfonso X. Por su posición geográfica recibió privilegio de carga y descarga por parte de Juan II. Fue privilegiada también por los Católicos Monarcas. Y en ella arribó, al retorno de la colosal hazaña del Descubrimiento de América, "La Pinta", de Yáñez de Pinzón. Tuvo este puertecito activo comercio con Inglaterra. Y en 1585 fue atacado por el Drake.

El antiguo recinto hace unos cuantos lustros mostraba rúas y plazas, así como señoriales mansiones. Típicas calles evocadoras de antiguos tiempos y en las que impresionamos hace medio siglo infinidad de negativos fotográficos con sus viejas casas y sus pavimentos de rudos y desiguales enlosados.

Recordamos la calle de Lorenzo de la Carrera, antigua plaza Vieja, la calle del Conde; la rúa del Juego de la Bola, donde los antiguos se jugaban las bolas a patacón —diez céntimos— por diez jugadas; Laxe, tras la cual estaban o están las ruinas del viejo castillo de Santa Liberata. Y recordamos la Puerta de la Villa, con su gran vista de la ría y el original cruceiro de la Trinidad.

Su iglesia más notable creemos es la Colegiata: ojival, con tres naves y antiguo pórtico románico. La rodea un interesante atrio con muralla coronada por cruceros, abierto a grandes y bellas perspectivas marinas.

En ella se venera a la Patrona de la Villa, la Virgen de la Anunciada, aparecida hace siglos a unos pescadores en trance de naufragar.

Recordamos otros templos como el de la Misericordia, con un venerado Cristo, y la capilla de Santa Liberata, neoclásica.

La moderna villa ofrece dos playas en los bordes de una rocosa península avanzada, parcialmente combatida por la furia del oleaje, en la que avanza sobre la ría bellísima, envuelta en admirable bosque, una de las mejores residencias de Galicia: el castillo de Monterreal, hoy hermosísimo Parador Nacional Conde de Gondomar, sito en uno de los lugares más hermosos de España. Cuando allí estuvimos la última vez, hace diez o doce años, aquel recinto amurallado nos entusiasmó más que nunca con sus tres kilómetros de muralla, adarves y muros cubiertos de maleza, beleños, yazgos, jaramagos... sobre la granítica cantería.

Las dos playas que tiene ese hermosísimo Pazo hoy día son la Barbeira, en magna cornisa pedregosa, fragante de pinares y esencias ma-

rinas hasta la otra playa: la Concheira, batida y abierta, enfrentada al océano.

Es un paraje cargado de historia. Creemos que ya en ese recinto Julio César daba órdenes de perseguir a los herminios refugiados en las islas Cíes.

Pasados varios siglos aparece este recinto, llamándose Monte Boy, hasta que los Católicos Monarcas le dieron el nombre de Monterreal, y hoy se llama Parador Nacional Conde de Gondomar y no hay que confundirlo con el antiguo Pazo de Gondomar de los Fernández de Córdoba, Condes de Gondomar, un precioso Pazo en ideal valle.

Mucho podríamos decir del interior de ese ideal recinto, pero, como desde que es Parador Nacional no lo visitamos, no queremos decir de él lo que sabemos y vimos hace más de medio siglo.

Es un lugar maravilloso y, según hemos oído, es el Parador Nacional más hermoso por su situación que se puede imaginar.

Por las costas del Silleiro y Mougás al monasterio de Oya —el de los monjes artilleros— y al Miño.

El antiguo castillo de Monterreal en la Ramallosa y Bayona, hoy Parador Nacional de Gondomar, donde tantas veces estuvimos arribando por tierra o por mar, trae a nuestro recuerdo, sobrepasado Monterreal, esa costa atlántica, esa balconada, admirable, que, por la Virgen de la Roca llega al Miño pasando por esas costas del Silleiro, Mougás, llegando a La Guardia, por donde se afirma que un brazo del por antonomasia río de Galicia, el Miño, entraba en el mar, convirtiendo en una isla el Monte de Santa Tecla o Santa Trega, emporio de bellezas y hermosuras y donde se encuentra esculpido en una roca el mapa más antiguo de la Humanidad: la interesantísima Citania céltica o anterior, y una balconada, una atalaya, la más célebre de las de Galicia —que tantas tiene— porque sobrepuja en este aspecto al famoso Faro de Domayo, a la cumbre de! Castrove y a la Curota del Barbanza, desde donde poco o mucho se alcanzan a ver todas las rías Nerias de Galicia, desde el Promontorio Nerio o Finisterre, a las Cíes y costa del Silleiro. Desde la Virgen de la Roca hace años se gozaba de unos panoramas excelsos cuando la masa de pinar lo permitía. Desde la isla de Salvora, el guardián de la ría de Arosa, a Monterreal y las Cíes, por Monteferro y el Miñor, el panorama no puede ser más grandioso y bello. Cumbres de gallardas cresterías sobre la hermosa

masa de pinos de la punta de Lourido; los pintorescos y albos poblados por Panxon y Sabaris hasta Bayona, con sus dos penínsulas: Santa Marta, democrática y playera, y Monterreal, aristocrático, a cuyo pie rugen las olas de azul y plata. Y en el grandioso trasfondo, la ría de Vigo, la cosa más hermosa, según Jovellanos, que tiene la Corona de España. Y como antes decimos se llega a distinguir la isla de Salvora, la entrada a la ría de Arosa.

Y por el lado oeste de las peñas de granito, que sirven de peana a la Virgen, se denomina, preciosamente iluminado por el sol de la tarde la ancha llanura atlántica de un azul ultramarino, violáceo en los primeros términos, con sus movedizas olas, salpicadas de las espumas en los roquedales. Y al término, en la línea del horizonte, las islas Cíes, la bravía muralla de piedra con sus crestas vivaces. La ría de Vigo tiene esas defensas naturales; la de Pontevedra y Marín, las islas de Ons y Onceta y la ría de Arosa, la repetida Salvora y un enjambre de islas, islitas y peñascos, todo maravilloso.

El litoral del Seno de Bayona continúa con bravíos caracteres de acantiladas roca, ensenadas de guijarros, restingas y cantizales, con el rompeolas y otros sitios donde el mar se debate con furia en días de borrascas, desarrollando sus sinuosas líneas hasta el Cabo Silleiro, con la constante compañía de las islas Cíes en el horizonte marino.

Despide el frontón del Cabo, como se dice en Alma de Galicia, una restinga que remata en un bajo de piedra, el más peligroso de todo este bajerio. Está formado por tres rocas, una de ellas casi siempre visible, el Lobo; y otras dos, la Laxe do Lobo y el Lobato, que sólo son visibles en bajamar. Sobre ellas, sobre todo, sobre la primera, rompe con furia el mar, siendo hermoso verlo los días de temporal.

Este abrupto Cabo —de pretendida identificación con el Promontorio Celerino y con el Orvio de Ptolomeo— es, en nuestra interpretación, como en la del doctor Rodríguez, ilustre gallego, la geografía, el confín meridional de la ría de Vigo, este vasto ámbito, tan bello como grandioso, donde las montañas de Galicia se hunden en su mar gallego, para la ría más admirable del mundo. Este es el sitio, el lugar del hermosísimo Parador Conde de Gondomar.

En esta atalaya y faro, desde Cabo Silleiro, donde termina por el sur la ría de Vigo y el Golfo Nerio, hasta La Guardia, flanqueando las derivaciones de La Grova y otros montes altivos, se extiende una costa de ennegrecidos picachos. Amontónanse guijarros y algas en ariscos recodos, a veces suavizados por la franja de algún clemente arenal.

Desde lo alto de las cumbres de la montañosa cadena divisanse a Septentrión, el Cabo Silleiro, con su faro, y al Meridión el Monte de Santa Tecla; el venerable Facho cargado de prehistoria, con su citania antes citada, su ermita, sus cruceiros y la verde felpa de pinares. Dos hitos o mojones extremos, y a la vez dos atalayas, que jalonan la grandiosa cornisa.

A medio camino entre ambos, más allá de la costa de Mougás, en agreste ensenada participante de peñascal, arenal y algar, hállase el antiguo monasterio de Santa María de Oya, conocido por el monasterio de los monjes artilleros.

Un poco de historia.

A comienzos de la doudécima centuria, Alfonso VII concedió a los monjes bernardos el Señoría de la Oya, donde hoy se alzan las ruinas. El suelo es duro, arisco, encerrado en unas laderas, tan sólo abierto hacia el bravo mar. Los monjes, señores de esta Hoya y la comarca circundante, construyeron su morada, a la vez, convento y fortaleza, que fueron armando conforme a los adelantos bélicos de los tiempos. Fue este monasterio cabeza de muchos de la región; y hasta llegó a Corte Real. Estaba muy bien defendido, y en caso de necesidad los monjes armaban a sus vasallos para la defensa de la costa contra los piratas y normandos. Porque estos bernardos de Oya, por exigencias de su época, no solamente se dedicaban a orar, sino que, si era preciso, sabían convertirse en guerreros. Así, en los primeros años del siglo xvii, atacaron con sus ocho cañones a una escuadra argelina o turca, que perseguía a dos flotas cristianas, una francesa y otra portuguesa. Hicieron perder un navío al enemigo, que se dio a la fuga. Gran hazaña de los monjes artilleros; gesta que mereció al monasterio el título de Real e Imperial.

Cuando allí estuvimos por última vez hace unos años la fachada del templo, que data del 1740, aparecía carcomida por las aguas. El interior es ojival. Son interesantes las capillas románicas absidiales, la capilla de la Virgen del Mar, el claustro procesional del siglo xvi y la solana.

Los blancos hábitos bernardos no animan ya el viejo monasterio. No hace muchos lustros, los históricos restos albergaron a un noviciado de jesuitas portugueses.

Pero allí la voz del mar hace perdurar, con el recuerdo de los mon-

jes, el alma de la abadía. Las olas, con su incesante dinamismo, besan las piedras de los frailes, y con su rumor parecen murmurar un responso por los desaparecidos; y en tanto, el antiguo cenobio parece escuchar la oración marina, como rememorando los salmos de otros tiempos...

La floración de toxos y carrascos tiñe de oro y de púrpura el yermo de los montes sobre una franja de pinos, que amortiguan la adustez de los eriales; y enfrente, en contraste, verde, azul y plata, se extiende el mar, cuyo vaho, acre y salgado lo penetra todo.

La costa aserrada y bravía continúa con similares caracteres a la altura de Mougás. Los pinos descienden hasta el borde del océano y van progresivamente invadiendo de verdor los pardos eriales de antaño.

Al sur del altivo Torroso —hoy tapizado de admirable manto forestal—, en granítica plataforma abierta en bravía ensenada, agrúpase el puerto de la Guardia —antiguo Señoría de Templarios—, donde se localiza el Ostium Miny; con el insigne Opidium Arborica de Plinio. Conserva hoy confundidos con viejas casas restos de la antigua muralla; y aún nos parecía íntegro y al descubierto el muro, sosteniendo el altozano riberizo del mar.

Según la tradición, desemboca por aquí en el Atlántico un brazo del río Miño, opinión confirmada por el antiquísimo mapa de Santa Tecla, el más antiguo de la Humanidad, esculpido en la roca del monte que alza ya sus escarpes en el último esquinale de las costas abiertas del Atlántico.

El Monte de Santa Tecla es de formación primitiva; bastión cónico de granito, que se alza abrupto y arrogante en el esquinale de la costa atlántica y la ría de Tuy o Miñana. Su gloria principal es ser archivo de remotas civilizaciones: albergue de reliquias de pretéritas edades, que, hundidas largo tiempo en la entraña de la tierra, se ofrecen hoy como, dice el doctor Rodríguez, al visitante, como venerable muestra de historia, en ejemplo laudable de cultura.

Todo allí cautiva, todo allí retiene, y entre ello la ciudad celtoromana con sus numerosas casas circulares; de reducidas dimensiones la mayor con un diámetro de cuatro metros, una altura de dos, y con paredes que presentan un espesor de 40 centímetros.

Mucho podríamos agregar sobre ese Monte de Santa Tecla, del balcón sobre el Miño, del cercano monte Aloya, así como el regreso

por el Miño a Tuy, al Aloya y al Parador Nacional Conde de Gondomar, en Bayona.

El paisaje de este circuito puede y debe figurar entre los mejores de España, y por no alargar más estas breves e incompletas notas hacemos punto, muy a nuestro pesar, por no decir más, ni de Santa Tecla, ni del monte Aloya.

Diego Quiroga Losada,
Marqués de Santa María del Villar